

Padre Emmanuel André La Creación (II)

3º Distinción entre el acto creador y las Procesiones divinas.

Así como es bueno contemplar, en el origen de las cosas, a Dios meditando el plan del mundo desde toda la eternidad, para realizarlo en el tiempo y en el espacio, así también es capital no confundir el acto de la creación con lo que llamamos las *Procesiones divinas*, es decir, con la Generación eterna del Verbo y la Procepción del Espíritu Santo.

Dios Padre engendra a su Verbo de su propia sustancia; el Espíritu Santo procede sustancialmente del Padre y del Hijo. Esta doble operación es inherente a la naturaleza divina, siéndole tan esencial, eterna y necesaria como lo es la misma naturaleza divina.

Así como el sol no puede retener su luz, Dios Padre engendra necesariamente a su Hijo, que por eso mismo es su Esplendor eterno. Y así como un hogar ardiente despidе calor, el Espíritu Santo emana necesariamente del Padre y del Hijo como su mutuo Amor. Al decir que esta generación y emanación son necesarias, queremos decir que son en Dios el resultado de la naturaleza divina, y no de su libre voluntad. Dios Padre engendra su Verbo, no porque quiera engendrarlo, sino porque forma parte de la naturaleza divina engendrarlo, y al engendrarlo como su verdadero Hijo natural, no puede darle menos que la misma naturaleza divina. Dígase lo mismo respecto de la Procepción del Espíritu Santo.

Muy distinto es lo que ocurre entre Dios y las creaturas. No está en la naturaleza de Dios producirlas, y así sólo las produjo porque quiso, por un acto libre de su voluntad. Dios, al producirlas, no les comunica nada de su propia sustancia. Para dejar en claro que no están en Dios como lo están el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, se dice que Dios las produjo fuera de Sí, y que permanecen fuera de El, en el sentido de que no hay mezcla ni confusión posible entre su ser y el de Dios.

El Ser divino posee en sí mismo todas las perfecciones que le son esenciales. La creatura no tiene nada de sí misma, ni ser, ni vida, ni inteligencia, no pudiendo siquiera sostenerse por sí misma: sin la ayuda de la virtud divina que la sacó de la nada, volvería a caer en la nada como se desvanece un poco de humo.

4º Libertad del acto creador.

Cuando se comprende esta distinción, se entiende que Dios, al producir todos los seres del universo, obró con soberana libertad. Todos ellos juntos no podían aumentar la gloria y la dicha de su Autor en el más mínimo grado. Crearlos fue literalmente un juego de su omnipotencia. El motivo que lo llevó a sacarlos de la nada fue, y solo pudo ser, su beneplácito.

Fue un error de los paganos creer que Dios no podía prescindir de la creación del mundo; que Dios puso en el mundo algo de su propia sustancia; que el mundo es como un cuerpo del que Dios sería el alma; que las almas son las chispas de un vasto hogar que es Dios mismo. Los paganos, y también los modernos que se imaginan tales cosas, no entienden lo que es Dios, el Ser inmenso, eterno, infinito, indivisible; no entienden la expresión con que Dios se define a sí mismo: «Yo soy el que soy» (Ex. 3 14). Dios es un Ser al que no se le puede añadir nada; colocado junto a El, el universo no es más que un cero a la izquierda; pesado con Dios, si se nos permite hablar así, el universo entero no agrega absolutamente nada al peso de la Divinidad.

1º Por lo tanto, Dios era de suyo perfectamente indiferente a **crear o no crear un mundo**, no necesitando ejercer su omnipotencia, ni manifestar su sabiduría, ni salir de su eternidad, ni comunicar su bienaventuranza. Si se pregunta por qué razón Dios creó el mundo, sólo podemos responder una cosa: y es que así quiso hacerlo. Su voluntad fue infinitamente sabia, pero no se vio determinada a crear un mundo por otro motivo que su libertad soberana, absoluta, inalienable, de la cual la nuestra es sólo una pálida imagen.

2º Libre de crear o no crear un mundo, Dios era igualmente libre de elegir, entre una infinidad de mundos posibles que se presentaban a su inteligencia, **el que más le pluguiera extraer de la nada**. Ciertamente, al elegir el mundo tal como ahora existe, Dios se condujo a Sí mismo por motivos cuya sabiduría es impenetrable; pero cualesquiera que hayan sido estos motivos, no podrían influir en la libertad soberana de su elección.

3º Finalmente, libre para crear tal o cual mundo, Dios también fue libre de dar al mundo **tal o cual grado de perfección**. Lo que sale de las manos de Dios lleva necesariamente el sello de las perfecciones de su Autor. Pero esta expresión de las perfecciones divinas puede recibir infinitos grados, mayores unos y menores otros. ¿Por qué detuvo Dios la creación en tal grado de perfección en vez de tal otro? Siempre habrá que contestar que porque El así lo quiso. Sus razones tenía para querer hacerlo de esta manera y no de otra, pero la razón última de su voluntad es su voluntad misma.

5º Bondad del acto creador.

Contemplando la creación, Dios vio que todo era bueno en ella, y que el conjunto era muy bueno. Individualmente todos los seres eran buenos, porque respondían a la idea que Dios tenía de ellos en su inteligencia divina desde toda la

eternidad. Pero, tomados en su conjunto, con sus relaciones recíprocas, con su simetría armoniosa, alcanzaron un excelente grado de bondad: «*Et erant valde bona*». ¿Qué son los rasgos de un rostro, estudiados por separado, en comparación con el rostro considerado en su conjunto, y abarcado de una sola mirada?

Sabemos ya que algunos autores han pretendido que Dios le ha dado al mundo toda la suma de perfección posible, y que estamos en el mejor de los mundos. En verdad, ¿no podría Dios hacer nada mejor que el mundo existente? ¿Acaso se agotó su poder al producirlo, o su sabiduría al combinar su disposición, o su bondad al comunicarle algo de su propia perfección? ¿A qué proporciones se reduciría entonces el poder, la sabiduría y la bondad de Dios? Esta sabiduría, esta bondad, este poder, están fuera de proporción con cualquier mundo, por perfecto que sea; porque cualquier mundo, siendo creado, necesariamente estará limitado en todos los sentidos; y los atributos de la naturaleza divina, como la naturaleza divina misma, no tienen más límite que lo infinito.

Aquí se nos presenta una objeción: el Hijo de Dios se ha encarnado, y con ello la distancia entre el Creador y la creatura ha quedado suprimida. Sin duda, ha quedado suprimida en el sentido de que la Encarnación unió con el vínculo más íntimo posible –el vínculo de una Persona divina– al Creador con la creatura, lo increado con lo creado, lo divino con lo humano. Los dos extremos se han tocado íntimamente, sí, pero sin confundirse; y si, a pesar de la fuerza del vínculo que los unió, cada uno ha mantenido su naturaleza y propiedades, es porque son radicalmente inmiscibles entre sí. Adoremos en Nuestro Señor la unión de lo infinito y lo finito, pero adoremos también en El la distinción de lo infinito y lo finito. Digamos que la distancia parece suprimida, pero digamos también que persiste. Suprimida por un esfuerzo del amor incomprensible de Dios, persiste por la distinción irreductible que siempre habrá entre el Ser divino y el ser de las creaturas, y que es en Jesucristo la distinción de las naturalezas en la unidad de la Persona.

6º ¿De dónde viene el mal en la creación?

¿Cómo pudo introducirse el mal en la creación, cuando salió fresco y puro de las manos de su Autor? ¿Cómo pudo estallar una disonancia en este concierto, cuyos instrumentos todos había afinado el dedo de Dios? El mal es un defecto en una obra, el resultado de un trabajador torpe o malvado. ¿Cómo pudo haberse colado allí donde el Obrero de los mundos tenía por artista a la misma Sabiduría, por instrumento su omnipotencia, y por meta la difusión y la glorificación de su infinita bondad?

«*Todas las criaturas de Dios son buenas*», dice San Pablo (I Tim. 4 4), porque el ser que han recibido de su Creador es un bien, y este bien sólo podrían perderlo si dejaran de existir; de modo que mientras existan, y por el solo hecho de existir, son sustancialmente buenas. El mal es un defecto que vicia un sujeto bueno; si lo destruyera del todo, se destruiría a sí mismo, como cesa una enfermedad cuando da muerte al enfermo. Y así como la enfermedad sólo es posible en un ser vivo, el mal sólo es posible en un ser bueno. No existe, pues, ningún ser malo en sí mismo, ni ninguna sustancia del mal.

El error fundamental de los maniqueos es haberse figurado dos categorías de sustancias: las sustancias buenas, que emanan del principio luminoso; y las sustancias malas, que emanan del principio oscuro. Según ellos, habría habido un conflicto entre estos dos principios; algunas gotas del buen principio se habrían extendido y esparcido por todo el reino de las tinieblas; y de esta mezcla habría resultado el universo. En rigor, esta teoría fantasmagórica cae por sí sola. Todas las sustancias que podríamos clasificar como malas –como las zarzas y las espinas, las serpientes y los animales venenosos, las fieras salvajes–, resulta que son indiscutiblemente buenas por la composición de sus partes, la proporción de sus miembros, el funcionamiento de su organismo, su capacidad de reproducirse: cosas todas buenas y bellas, que hacen que un ser sea sustancialmente bueno.

Tal vez sería aquí el lugar para explicar por qué Moisés, siendo el eco de tradiciones tan antiguas como el mundo, distingue en el Levítico dos categorías de animales, los puros y los impuros, y sólo permite sacrificar al Señor los animales puros. ¿Habría entonces animales sustancialmente impuros? Creerlo sería volver a caer en el maniqueísmo. La distinción hecha por Moisés se justifica ya por ciertas razones higiénicas, religiosas y políticas, ya por razones simbólicas, sobre las cuales no podemos extendernos ahora. Bástenos decir que la majestad de Dios reclamó como víctimas los animales más nobles y más útiles para la vida humana; porque el sacrificio solía terminar con un festín, en el que el hombre se sentaba con Dios mismo. Por lo tanto, Moisés tuvo que prescribir para los sacrificios sólo animales puros, es decir, animales que fueran el alimento más apropiado para el hombre mismo, y sólo aquellos que habrían figurado en una fiesta ceremonial.

Una vez dada esta explicación, la distinción de Moisés nos revela una cosa interesante, a saber, que hay en los seres de este mundo una especie de simbolismo, según el cual algunos son más aptos para representar el bien, y otros para representar el mal. Según esto, la serpiente no tiene el mismo significado que la paloma, ni el lobo que el cordero, ni la cabra que la oveja, ni la cizaña que el trigo. Pero del hecho de que ciertos seres, por sus temibles propiedades, fácilmente dañinas u ofensivas para los sentidos, se conviertan según el lenguaje simbólico en una expresión del mal, no se deduce que sean positivamente malos. Además, un ser puede prestarse a diversos significados, según los aspectos con que se lo considere. La serpiente suele tomarse como emblema del mal; y con todo, Nuestro Señor nos aconseja la prudencia de la serpiente (Mat. 10 16). El león a veces se toma a buena parte: así Nuestro Señor es llamado el León de Judá (Apoc. 5 5), y a veces a mala: y así el diablo es llamado león devorador (1 Ped. 5 8).

Estamos íntimamente convencidos de que el simbolismo de los seres de la creación proviene de causas más profundas de lo que podría sospecharse: no es una simple convención, sino un acercamiento misterioso a la naturaleza íntima de las cosas. Pero eso no altera en lo más mínimo este gran principio: que la Creación es buena en cada uno de los seres que la componen, excelentemente buena en su conjunto, y que el mal no existía originariamente a ningún título en la obra de Dios.